EL TRANSEÚNTE DE LAS CHIRUCAS



A. CABALLERO

El relato que el lector tiene en sus manos es obra de Antonio Caballero, nuestro padre, hombre de vida sencilla que, sin embargo, jamás perdió el hábito de contar bien lo que vivió. El transeúnte de las chirucas nació de un recuerdo real: una noche de enero de 1958, en plena nevada, cuando un hombre harapiento llamó a la puerta de la fábrica donde él trabajaba. Lo que mi padre hizo aquella noche —y cómo lo hizo— lo dice él mejor que nadie. Rescato estas páginas porque son, a la vez, un testimonio de época y un retrato fiel de su carácter: la generosidad sin aspavientos, la dignidad como norma y la humanidad como única brújula.

Sus cinco hijos

EL TRANSEÚNTE DE LAS CHIRUCAS

Corría el año 1958. Era el mes de enero de aquel riguroso invierno. Serían como las cinco de la tarde de un duro día, cuando más nevaba y el glacial viento norteño hacía cencerrear las puertas metálicas de la fábrica de aceite, donde yo, un año después de cumplir el *Servicio Militar*, ejercía de pesador de la aceituna que entraba, y también suplantaba al contable por su avanzada edad.

Cuando, sentado al calor de la hornilla de la caldera, oí tres secos golpes que se distinguían muy bien de entre el constante cencerreo que emitían las puertas, al ser movidas por la fuerte ventolera; por lo que al instante deduje que aquellos tres golpes, que tenían todas las características de ser apremiantes, podían ser de alguna persona que, empujada por la fuerte ventisca que caía sin cesar, tenía urgente necesidad de cobijarse donde fuera. Inmediatamente me levanté, corrí hacia la puerta, corrí asimismo el cerrojo, y, al abrir la pequeña puerta, me llevé un soberano chasco al ver lo que allí vi.

Lo que allí vi fue a un pequeño hombre, enjuto y de baja estatura, forrado con astrosos harapos y con una boina cercenada, estirada y rebajada hasta las orejas. Esto lo observé en un tris, porque al instante le eché mano a los harapos del pecho y lo metí dentro de un tirón, ya que en una racha del fuerte viento los copos de nieve que caían inclinados, me azotaban en la cara y me cegaban.

Una vez dentro aquel hombrecillo, me dispuse a ocuparme de él, sentándolo en una silla junto a la hornilla de la caldera. El pobre hombre me agradeció aquella deferencia, como el gesto de un perro herido, con la mirada hundida, cuando es acariciado por la mano de una persona extraña.

Al momento se acercaron los cuatro o cinco operarios que había en la fábrica (que les llamaban cagarraches), porque ya habían terminado la jornada de aquel día.

—¿Qué vas a hacer con este mendigo esta noche? —preguntó uno de los operarios al tiempo que miraba al sombrío hombrecillo con cierto desdén o repulsa.

—Pues lo primero que voy a hacer -le dije con la relativa superioridad que me confería mi cargo respecto del de él-, es que ahora mismo vayas a ambas posadas, a la de *Arriba* y a la de *Abajo*, y preguntes si tienen cena y cama para un pobre transeúnte; todo a cuenta mía.

El operario fue adonde lo mandé, sin nada que objetar respecto del encargo que le di, y al cabo de media hora volvió diciéndome que se había puesto chorreando pa´ ná´, porque tanto en la posada de *Arriba* como en la de *Abajo* le dijeron que todo lo tenían ocupado.

Con esta perspectiva por delante, los operarios de la fábrica, uno a uno, se fueron marchando (como dice *Nos dieron las diez* de Joaquín Sabina), y a mí me dejaron solo con el indigente peregrino.

Así la situación, yo no acertaba a pensar lo que podría hacer con aquel pobre infeliz, pues se me presentó un problema de difícil solución: si lo dejaba allí toda la noche junto al calor de la hornilla, podría tener complicaciones con el presidente de la cooperativa, si llegara a enterarse; ¡que se enteraría! Por eso digo que se me presentó un dilema: porque allí no se debía quedar por lo que pudiera pasar, y echarlo a la calle aún mucho menos.

El hombrecillo me miraba con sus ojos pequeños y de mirada humilde, esperando de mí la solución o decisión que yo pudiera darle a aquella compleja situación. Mientras yo reflexionaba sobre esta cuestión, el hombre me miraba con sus pequeños ojos tristes como el reo que espera la lectura de su sentencia: de culpable o absuelto.

De repente se encendió en mi interior una luz, como si el cielo me hubiera enviado el don de la compasión o misericordia, y me dije: ¡este me lo llevo yo a mi casa y sanseacabó!

Y cuando le propuse que aquella noche se vendría a mi casa, sus tristes ojillos se animaron y en un ardor de agradecimiento, de gratitud, se lanzó sobre mí y cogiéndome ambas manos, me las besaba mientras decía:

—¡Es usted un ángel, don Antonio! ¡Es usted un ángel, don Antonio! Repetía una y otra vez.

—Yo no soy ningún ángel, yo soy un hombre como usted y como todos los hombres que tienen corazón, que tienen alma y limpio corazón, en lugar de tenerlo emponzoñado y lleno de los más ruines y míseros sentimientos —le dije a aquel pequeño y derrotado hombrecillo de triste mirada.

Con paso largo y decidido, entré en la orujera, cogí dos sacos de las aceitunas que encontré allí y, al primero, le di forma de caperuza y se lo encasqueté al pobre hombre encima de su boina cercenada, y con el otro saco hice igual para mí: me lo puse de capirote, abrí la puerta, cogí al hombre por uno de sus delgados brazos y salimos patio adelante como dos penitentes, pero volando porque el fuerte tifón nos levantaba los pies del suelo empedrado y nevado.

Después cerré la puerta principal de la fábrica y los dos tomamos la calle *Baja* en dirección a mi casa que estaba a la entrada de la calle *Cantón*, que era propiedad de "Juanico el Chachacato" y en donde nosotros vivíamos en régimen de alquiler.

Íbamos calle delante, yo con el brazo derecho echado sobre sus caídos hombros por el intenso frío que hacía, o bien porque su contextura corporal fuera así.

El fuerte viento ululaba, los cables del tendido eléctrico silbaban, produciendo entre el rugir del brioso viento, el silbido de los cables de telefónica y el tintinear de las tulipas de porcelana de las bombillas del alumbrado público apagadas, un eco lúgubre, maléfico e infernal. Se oía también allá en lontananza la resonancia de fuertes truenos.

Cuando llegamos a casa yo llamé golpeando con los nudillos de la mano, y enseguida Asunción, mi mujer, abrió la puerta y me miró con mirada inquisitiva. Al bajar el tranco, y sacudir el saco del hombre y mis ropas, se produjo un charpeteo de agua y nieve que, Asunción, enseguida, con cepillo y fregona limpió; al tiempo que otra vez me miró y su mirada no podía ser más elocuente: con aquella mirada me decía: ¡Pero es que te has vuelto loco! ¿Es que estás loco? Pero con la boca no dijo nada, se calló y esperó explicaciones. Cuando la puse en antecedentes de lo que había, ella también se apiadó de aquel despojo humano y enseguida me dijo que qué le podía hacer.

Yo le hice que se quitara aquellos zapatos (por llamarlos así), y Asunción los cogió con las tenazas y los echó al cubo de la basura para al día siguiente llevarlos a algún estercolero, de donde procedían, de otro estercolero de Dios sabría dónde.

Al quitarse aquellos guiñapos negros y rotos que llevaba como calcetines, Asunción los cogió y los llevó al mismo lugar donde había echado los zapatos, o sea, al cubo de la basura, donde después, pasarían a mejor vida porque irían al mismo estercolero que ya tenían preparados los zapatos.

Asunción le buscó dos pares de calcetines: unos de hilo y otros de gruesa lana. Yo le busqué unas alpargatas mías de lona blanca y suela de cáñamo, que eran más grandes que sus pequeños pies. Con todo y con ello, con los dos pares de calcetines y unas cintas blancas que Asunción les cosió, podía caminar perfectamente. El hombre quedó, además de muy confortable, muy agradecido.

Después de calzar al hombre, yo le dije a Asunción que si le podría hacer un huevo en aceite y vinagre, que al pobre le vendría muy bien, a lo que este se negó rotundamente, porque dijo que no le apetecía nada.

Yo le pregunté que desde cuando no había comido y él me dijo que no se acordaba, pero que no quería tomar nada porque lo vomitaría, según el nudo que tenía en el estómago.

Es paradójico, que un hombre que ni siquiera se acordaba de la última vez que comió, dijera que no le apetecía tomarse un huevo en aceite y vinagre. Yo deduje que aquel pobre hombre lo que tenía era que estaba cargado de pena y aflicción por la situación en que se encontraba, y por eso tendría las entrañas y el estómago encogidos y lo que le apetecería sería hartarse de llorar, para echar afuera el nudo que lo tenía embebido y a punto de estallar en llanto.

Asunción hizo el huevo en aceite y vinagre y el hombre se lo tomó, pero al instante se sintió muy mal. Con la cara amarilla, perlando su rostro de sudor frío y los ojos acuosos, se le notaba que estaba a punto de

dar la arcada. Asunción en un tris le puso un cubo y el hombre enseguida vomitó el huevo que, momentos antes había ingerido, y también un poco de amargas bilis; porque olía a eso: a amargas bilis, a amargas hieles.

Al vomitar el huevo en aceite y vinagre y las bilis, el hombre se tranquilizó y comenzó a pedirnos mil perdones por las desagradables molestias que por él se habían originado…

—¿Eso que se oye es agua? —preguntó el hombre tendiendo el oído.

—Agua y viento es, amigo Francisco —le dije porque yo ya había visto su DNI y se llamaba Francisco Pérez Ruiz, natural de un pueblo de Almería que se llama *Gérgal*, donde tenía su única hermana.

En aquellos momentos llovía en copiosos chaparrones y la ventolera hacía crujir y temblar las puertas y ventanas y los cables del tendido eléctrico y de *Telefónica.* Los cables silbaban como con un alarido siniestro aquella noche del mes de enero, lúgubre, pavorosa y oscura como boca de lobo.

En tanto, el pobre Francisco daba gracias al cielo y a mí por haberlo acogido en aquella pequeña pero bien calentita habitación. Daba gracias porque de no haberlo hecho así hubiera perecido sin remisión. Al abrir el postigo de la puerta la cárdena luz de un relámpago me deslumbró y me horrorizó el retumbar del fuerte trueno tan encima de mi cabeza que parecía echar la casa abajo.

Asunción le echó al hombre una cabecera en un rincón junto a la chimenea. Allí se acostaría Francisco, pues la habitación estaba bien caldeada por un buen brasero que había bajo la mesa camilla.

Al iniciar el ascenso de la escalera para acostarnos junto a la cunita de Marisol, Asunción le dijo a Francisco que no se olvidara de apagar la luz antes de acostarse. —Descuide, buena señora —dijo Francisco con mucho respeto y educación.

A la mañana siguiente, al despertar aún sin haberme levantado, estuve recordando el ensueño que tuve. Soñé que le había comprado a Francisco unas chirucas de lona de color verde y que le estaban bien ajustadas, bien a su medida. (Pienso que esto último lo soñé por el gran disgusto que me quedó al quedarle las alpargatas que le dimos algo holgueras. Aunque a Francisco este gesto lo puso muy contento. Mas al momento me acordé de lo que dijera Calderón de la Barca: "Que la vida es sueño y los sueños, sueños son"). Nos levantamos Asunción y yo, y Francisco también estaba ya levantado y la cabecera la tenía bien recogida. —Buenos días, Francisco —le dije.

—Buenos días don Antonio y señora -nos saludó Francisco con mucho mejor aspecto que la noche anterior.

—¿Cómo ha pasado la noche? —le pregunté. —He dormido como un bendito y me encuentro bastante bien. He dormido toda la noche de un tirón porque esta habitación es la gloria y he desechado todo el enfriamiento que cogí ayer tarde noche.

Enseguida Asunción puso leche a calentar en las trébedes y le preguntó a Francisco que si le apetecía un vaso con café o sola.

—La prefiero con un poco de café, señora —dijo Francisco muy animado y un poco alegre.

Francisco se tomó, con visible apetito, su vaso de café con leche y dos magdalenas. Yo me la tomé sin café y con una sola magdalena.

—Bueno, amigo, yo me tengo que ir a mi trabajo y usted tendrá que continuar su camino —le dije al tiempo de posar mi brazo derecho sobre sus enjutos hombros.

—Claro que sí, don Antonio, pero sepa don Antonio que si no es por usted, yo esta mañana estaría más tieso que el pellejo de un pandero —me dijo Francisco en tanto cogía su mísera bolsa y se la echaba a la espalda con sus deshilachadas hombreras.

—Tenga usted estos veinte duros, no le puedo dar más porque no tengo, y, ahora, véngase conmigo y yo le indicaré donde tiene que coger el coche de línea que lo llevará hasta Guadix. Y con un poco más que pida y le den puede coger el tren que lo llevará a Almería —le aconsejé lo que tenía que hacer.

—No, don Antonio, no me dé usted nada porque usted tiene una mujer y una hija que mantener y yo no tengo a nadie, y para llegar a *Gérgal* Dios me ayudará —me dijo el pobre Francisco con los brazos caídos sin hacer ademán de coger el billete de cien pesetas que yo le tenía tendido.

—Haga usted el favor de coger el billete y haga todo cuanto le he aconsejado —le dije de todo corazón, con prisas porque yo tenía que irme a mi trabajo en la fábrica de aceite *Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.*

El pobre hombre, con su mísera bolsa a la espalda, su chaquetilla y pantalones andrajosos, sus pequeños ojos brillantes y acuosos, su pequeña mano temblorosa, no se atrevía a coger el billete de cien pesetas que yo le tenía tendido.

La mañana, aunque gélida, amaneció soleada y ya en la carretera cuando le abracé para despedirme de él, al pobre hombre se le enrasaron sus pequeños ojos de ese líquido incoloro y de sabor salado que derraman los ojos por distintas y variadas emociones. Es decir, cuando conmueven el alma y el corazón del hombre: de los hombres que tienen alma y tienen corazón.

Yo carretera arriba hacia la fábrica de aceite, volví la cabeza hacia atrás y vi a aquel diminuto y harapiento ser humano, con su liviana bolsa a la espalda, con sus grandes y blancas alpargatas que yo le había dado, con su andar cortito, pero ligero, y cuando se perdió de mi vista, hice un gran esfuerzo para aspirar y contener ese líquido incoloro y de sabor salado que segregan los ojos, y me lo tragué.

Estuve largo tiempo recordando a Francisco, y preguntándome si su única hermana lo habría acogido con cariño fraternal.

A. Caballero.